

ANSELM JAPPE

# La sociedad autófaga

*Capitalismo, desmesura  
y autodestrucción*

Traducción de DIEGO LUIS SANROMÁN

# ÍNDICE

PRÓLOGO. DE UN REY QUE SE AUTODEVORÓ .....	9
I. DEL FETICHISMO QUE REINA EN ESTE MUNDO .....	17
Lo que nos enseña la crítica del valor .....	18
Un mal sujeto .....	33
La culpa es de Descartes .....	35
<i>Excursus</i> : Descartes musicólogo y las aceleraciones de la historia .....	50
¿Kant, pensador de la libertad? .....	62
El marqués de Sade y la ley moral .....	69
Basta de filosofía, pasemos a los actos .....	73
El narcisismo como consolación de la impotencia .....	81
2. NARCISISMO Y CAPITALISMO .....	85
¿Qué es el narcisismo? .....	85
Narcisismo y miedo a la separación .....	98
Psicoanálisis y revolución: Erich Fromm y Herbert Marcuse .....	110
Christopher Lasch, el narcisismo como categoría crítica .....	135
Breve historia del narcisismo .....	152
El paradigma fetichista-narcisista .....	158
¿Regresar a la naturaleza, vencer a la naturaleza o vencer a la regresión capitalista? .....	189

3.	EL PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO FRENTE AL FETICHISMO .....	183
	¿Una pérdida de los límites? .....	184
	¿Invocar la autoridad para escapar del mercado? .....	195
	Del idealismo y el materialismo .....	207
	¿Nuevas formas, viejas desgracias? .....	214
	Nuevos discursos sobre las miserias de este tiempo .....	223
	Una mutación más antigua que lo digital .....	225
4.	LA CRISIS DE LA FORMA-SUJETO .....	241
	La pulsión de muerte del capitalismo .....	242
	<i>Amok</i> y <i>yihad</i> .....	248
	Comprender el <i>amok</i> .....	257
	Ningún motivo en ningún lugar .....	270
	Capitalismo y violencia .....	279
	Epílogo. ¿QUÉ HACER CON ESTE MAL SUJETO? .....	291
	APÉNDICE. ALGUNOS PUNTOS ESENCIALES DE LA CRÍTICA DEL VALOR .....	307
	BIBLIOGRAFÍA .....	315

*Para Teresa*

*A la memoria de  
Luis Andrés Bredlow (1958-2017)*

## PRÓLOGO

### DE UN REY QUE SE AUTODEVORÓ

DESDE LAS PROFUNDIDADES DEL tiempo siguen llegándonos mitos antiguos que condensan en un breve relato una imagen precisa de lo que estamos viviendo. Tal es el caso de un pequeño mito poco conocido, el mito de Erisictón. Debemos su transmisión, con algunas variantes,<sup>1</sup> al poeta heleno Calímaco y al poeta romano Ovidio. Erisictón era hijo de Tríopas, que se había convertido en rey de Tesalia tras expulsar a sus habitantes autóctonos, los pelasgos. Estos últimos le habían consagrado un magnífico bosque a Deméter, la diosa de las cosechas. En su centro se alzaba un árbol gigantesco y las dríades, las ninfas de los bosques, danzaban a la sombra de sus ramas. Erisictón, deseoso de hacer con él tablas para construir su palacio, se presentó un día en el bosque con algunos siervos armados de hachas y empezó a derribarlo. La propia Deméter se le apareció entonces bajo la apariencia de una de sus sacerdotisas para invitarlo a que cesara en su empeño. Erisictón le respondió con desprecio, pero los siervos se atemorizaron

---

I Calímaco, *Himno a Deméter*, y Ovidio, *Metamorfosis* VIII, 738-878. El mito es más antiguo: un fragmento del *Catálogo de mujeres*, atribuido a Hesíodo (siglo VIII o VII a. C.), ya habla de él. Dante mencionará más tarde a Erisictón en su *Purgatorio* (XXIII, 25-27). [Todas las notas son del autor a menos que se especifique lo contrario].

y quisieron evitar el sacrilegio. Su amo cogió entonces una segur y de un golpe limpio le cortó la cabeza a uno de ellos. Después derribó el árbol, a pesar de que de él brotaban sangre y una voz que le anunciaba su castigo.

Este no se hizo esperar: Deméter le envió el Hambre personificada, que penetró en el cuerpo del culpable a través de su aliento. De él se apoderó un hambre tan canina que ya nada podía calmarla: cuanto más comía, más hambre tenía. Engulló todas sus provisiones, sus rebaños y sus caballos de carreras, pero sus entrañas seguían vacías y él se marchitaba poco a poco. Como un fuego que todo lo devora, consumió lo que habría bastado para alimentar a una ciudad, incluso a un pueblo entero. Según Calímaco, tuvo que ocultarse en su casa, renunciar a salir y a participar en los banquetes, y acabó por mendigar alimentos por las calles tras haber terminado de arruinar la casa paterna. En la versión de Ovidio, llega incluso a vender a su hija Mestra para comprar comida. Esta logró escapar gracias al don de la metamorfosis que le había concedido Poseidón. De vuelta a casa, su padre volvería a venderla de nuevo en varias ocasiones. Pero nada de todo esto calmó el hambre de Erisictón y «después que aquella violencia de su mal había consumido todos sus recursos y faltaban nuevos alimentos a su grave enfermedad, él mismo comenzó a desgarrar sus propios miembros con lacerantes mordiscos y el infeliz alimentaba su cuerpo disminuyéndolo». Así concluye el relato de Ovidio.

Solo la desaparición casi completa de la familiaridad con la Antigüedad clásica puede explicar por qué el valor metafórico de este pequeño mito se les ha escapado hasta hoy a los portavoces del pensamiento ecológico. En efecto, todo está aquí: la violación de la naturaleza en lo que tiene de más hermoso —y de más sagrado para los habitantes originarios del lugar— para extraerle materiales de construcción destinados a la edificación de los espacios del poder. Los bucólicos placeres de las dríades son sacrificados en aras de los «festines» a los que el arrogante príncipe prevé explícitamente.

te consagrar su palacio. Es el poderoso el que presta oídos sordos a las apremiantes exhortaciones para que renuncie a la profanación, mientras los dominados se niegan a contribuir a ella (en Ovidio, los siervos refunfuñan ante la fechoría antes incluso de la intervención de la diosa). Su resistencia, expresada en nombre del respeto a la tradición, les cuesta cara, porque la rabia ciega del poder cuestionado se desencadena contra aquellos que lo critican y no quieren participar en sus crímenes. Finalmente, los siervos deben someterse y ayudar a su amo a cumplir su designio. Sin embargo, no es sobre ellos, que no han hecho más que «obedecer órdenes» (Calímaco lo dice explícitamente) sobre los que Deméter arroja las llamas de su venganza. La diosa castiga solo a Erisicón de un modo ajustado a su delito: al no poder alimentarse, vive como si toda la naturaleza se hubiera transformado —para él— en un desierto que se niega a prestar el auxilio natural a la vida del hombre. Incluso su tentativa de obligar a una mujer a reparar los estragos producidos por la locura de los hombres fracasa, y muere abandonado por los hombres y privado de los frutos de la naturaleza.

Se trata de uno de esos mitos típicamente griegos que evoca la *hybris* —la desmesura debida a la ceguera y el orgullo impío—, que acaba por provocar la *némesis*, el castigo divino sufrido por Prometeo, Ícaro, Belerofonte, Tántalo, Sísifo y Níobe, entre otros. La actualidad de este mito no puede sino sorprendernos. En particular, quienes gustan de presentar la destrucción del medio natural como la transgresión de un orden asimismo natural, con acentos más o menos religiosos, pueden ver en él una anticipación arquetípica de sus inquietudes. No respetar la naturaleza atrae necesariamente la ira de los dioses, o de la propia naturaleza...

Pero hay algo más: no es una catástrofe natural lo que se abate sobre este ancestro de los insensatos que hoy destruyen la selva amazónica. Su castigo es el hambre. Un hambre que crece al comer y que nada sacia. Pero ¿hambre de qué? Ningún alimento es capaz de aplacarla. Nada concreto, nada real responde a la ne-

cesidad que siente Erisictón. Su hambre no tiene nada de natural y por eso nada natural puede calmarla. Es un hambre abstracta y cuantitativa que jamás puede ser saciada. No obstante, su desesperada tentativa de calmarla lo empuja a consumir alimentos en vano, estos sí muy concretos, destruyéndolos y privando así de ellos a quienes los necesitan. De esta suerte, el mito anticipa de forma extraordinaria la lógica del *valor*, de la *mercancía* y del *dinero*:<sup>2</sup> mientras que toda producción con vistas a la satisfacción de necesidades concretas encuentra sus límites en la naturaleza misma de dichas necesidades y recomienza su ciclo esencialmente al mismo nivel, la producción de valor mercantil, que se representa en el dinero, es ilimitada. La sed de dinero no puede apagarse jamás porque el dinero no tiene como función colmar una necesidad precisa. La acumulación del valor, y en consecuencia del dinero, no se agota cuando el «hambre» ha quedado saciada, sino que vuelve a ponerse en marcha de inmediato en un nuevo ciclo ampliado. El hambre de dinero es abstracta, está vacía de contenido. El goce es para ella un medio, no un fin. Pero esta hambre abstracta no tiene lugar, sin embargo, solo en el reino de las abstracciones. Como la de Erisictón, destruye los «alimentos» concretos que encuentra a su paso para alimentar su fuego y, como en su caso, lo hace a una escala siempre creciente. Y siempre en vano. Su particularidad no es la avidez en cuanto tal —que no es nada nuevo bajo el sol—, sino una avidez que nunca puede obtener *a priori* lo que la colma: «En medio del banquete, quiere otro banquete», dice Ovidio. No es simplemente la maldad del rico la que está aquí en juego, sino un encantamiento que hace

---

2 Los griegos no conocían más que las premisas de esta lógica y, en consecuencia, este mito no se refería a ella. Pero hay abundantes casos en los que las historias pueden representar a ojos de las generaciones posteriores algo muy diferente de su sentido original. Sin contar con que la *hybris*, que es el objeto de este mito, forma parte de los presupuestos mentales del futuro desarrollo del capitalismo.

I  
DEL FETICHISMO QUE REINA  
EN ESTE MUNDO

¿HAY ALGO QUE VINCLE los fenómenos aparentemente dispares que, nos guste o no, forman el tejido de nuestras vidas? Una de mis obras anteriores, *Las aventuras de la mercancía*, trataba de ofrecer una primera respuesta a esta pregunta describiendo el papel del *valor*, la *mercancía*, el *trabajo abstracto* y el *dinero* en la sociedad capitalista. Faltaba todavía el análisis del papel del sujeto. Dicho análisis se basa esencialmente en la recuperación de una parte de la obra de Karl Marx —sobre todo, el primer capítulo del primer volumen de *El Capital*— que durante un muy largo periodo de tiempo había sido desatendida por casi todos los «marxistas». En esa parte, Marx llevó a cabo una *crítica* radical del valor, la mercancía, el trabajo abstracto y el dinero. Pero tales categorías no son tratadas como datos neutros y transhistóricos, identificables en cualquier modo de producción un poco evolucionado, sino que, por el contrario, se trata de categorías que, en su forma plenamente desarrollada, solo pertenecen a la sociedad capitalista. Cuando estas categorías rigen por completo la reproducción de la sociedad y la vida social, desvelan su potencial altamente destructivo y conducen finalmente a la sociedad, y a todos sus miembros, a una grave crisis y a la imposibilidad de seguir funcionando conforme a ellas. Mientras que el marxismo tradicional, y con él casi todos los mo-

vimientos de izquierdas, se ha limitado siempre a demandar otra *distribución* de los frutos de este modo de producción (la «lucha de clases» en torno al reparto de la «plusvalía»), la «crítica del valor» —contenida en la obra de Marx, retomada de forma fragmentaria por el joven György Lukács en *Historia y conciencia de clase* (1923), la Escuela de Fráncfort y los situacionistas, y elaborada sistemáticamente a partir de los años ochenta por las revistas *Krisis* y *Exit!* en Alemania y por autores como Robert Kurz y Moishe Postone<sup>1</sup>— ha comenzado a cuestionar el propio *modo de producción*. ¿Por qué una gran parte de las actividades humanas adopta la forma del *trabajo abstracto*, que se supone crea el *valor* de las *mercancías*, el cual se representa en el *dinero*? ¿Cuál es la verdadera naturaleza de estos «moldes» en los que la vida social se encuentra apresada?

## LO QUE NOS ENSEÑA LA CRÍTICA DEL VALOR

Aquí nos limitaremos a retomar muy brevemente los términos más importantes de la crítica del valor. En la sociedad capitalista la producción no obedece a ninguna organización preestablecida, sino que es el asunto de productores separados que intercambian sus productos —las mercancías, servicios incluidos— en mercados anónimos. Para intercambiarlas, hay que poder medirlas con ayuda de un parámetro único. Lo único que las mercancías tienen en común es ser el producto de un trabajo humano. Sin embargo, los diferentes trabajos son tan inconmensurables entre sí como lo son los productos. El único denominador común de todos los trabajos es el hecho de que constituyen siempre un gasto de energía humana, «de cerebro, músculos, nervios» (Marx). La medida de dicho gasto es la duración en el tiempo. Es la simple

---

1 Ver la bibliografía al final del volumen.

*cantidad de tiempo* necesario para la producción de mercancías (y para producir sus componentes y las herramientas necesarias para su fabricación, así como para formar a los trabajadores, etc.) la que determina el valor. Es lo que Marx llama el *trabajo abstracto*: el tiempo de trabajo consumido sin considerar el contenido. Por diferentes que sean dos mercancías, y por diferentes que sean los trabajos concretos que las han creado, poseen el mismo valor si ha sido necesario el mismo tiempo —y, en consecuencia, la misma cantidad de energía humana— en su producción. En el mercado, dichas mercancías se encuentran solo como cantidades de tiempo abstracto, es decir, como valores. Deben tener igualmente un *valor de uso* para encontrar un comprador, pero ese valor de uso no sirve más que para *realizar* su valor, que deriva del trabajo. El valor, no obstante, es invisible; lo que es visible es el *precio en dinero*. El dinero no es una convención, un simple medio para facilitar los intercambios, sino una mercancía real —durante mucho tiempo, fueron los metales preciosos los que desempeñaron este papel— en la cual las demás mercancías representan su propio valor.

Toda mercancía posee pues una *doble naturaleza*: es al mismo tiempo un objeto concreto que sirve para satisfacer alguna necesidad y la «portadora» de una cantidad de trabajo indiferenciada. Es el trabajo mismo el que tiene una doble naturaleza: el trabajo concreto y el trabajo abstracto no son dos géneros diferentes de trabajo (no tienen nada que ver con contenidos diferentes; por ejemplo, el trabajo material y el trabajo inmaterial), sino que son la misma actividad considerada una vez como producción de un resultado —material o inmaterial— y otra como tiempo empleado. Es esta doble naturaleza de la mercancía y del trabajo que la ha producido la que Marx sitúa al comienzo de su *Capital* y de la cual deduce todo el funcionamiento del capitalismo.

En efecto, las dos facetas no coexisten pacíficamente: están en conflicto, y de este conflicto es el lado «abstracto» el que sale vencedor. En una sociedad de mercado capitalista, la reproducción

## NARCISISMO Y CAPITALISMO

YA HEMOS PROPUESTO UNA primera definición de narcisismo en el capítulo anterior. Ahora tenemos que retomarla y profundizar en ella. Algo que no resulta tan fácil. En efecto, en su significado y en su propia definición, el término narcisismo remite a una temática confusa como pocos otros términos de origen psicoanalítico. Su origen, en cambio, es bien conocido: Freud retomó este concepto, introducido por otros autores algunos años antes, a partir de 1910, y le consagró un ensayo en 1914. Se refiere a él en una buena cantidad de sus escritos posteriores, pero siempre de manera bastante fragmentaria.

### ¿QUÉ ES EL NARCISISMO?

En cualquier caso, el recurso al verbo del padre fundador ofrece aquí una ayuda limitada. Desde que Freud utilizase dicho término, este ha recibido las más diversas interpretaciones en el medio psicoanalítico. En 1971, al comienzo de su importante estudio sobre el narcisismo, Bela Grunberger constataba que «quienquiera que se aboque al problema del narcisismo chocará con la paradójica polisemia del concepto» y que ya las definiciones ofrecidas por el propio Freud «constituyen aparentemente una conjunto heterócli-

to y en ocasiones contradictorio».<sup>1</sup> En las décadas posteriores a esta constatación hemos asistido a una verdadera explosión del uso de la palabra, que ha sobrepasado con creces los círculos psicoterapéuticos para penetrar en el discurso corriente, al punto de ocupar regularmente la primera página de las revistas de psicología popular y de desarrollo personal. *Le pervers narcissique et son complice*,<sup>2</sup> *El acoso moral. El maltrato psicológico en la vida cotidiana*,<sup>3</sup> *La Manipulation affective dans le couple. Faire face à un pervers narcissique*,<sup>4</sup> etc. ponen sobre todo el acento en el «perverso narcisista» y sus efectos en las relaciones de trabajo y la vida en pareja. Todos ellos identifican el narcisismo con la autoafirmación excesiva y el egoísmo, vinculando sus efectos con los del acoso y la manipulación en las relaciones cotidianas.

Conforme al uso popular del término, el narcisista es alguien que se profesa una autoadmiraación permanente y está preocupado sobre todo por su aspecto físico; alude a una persona que se pasa el tiempo pavoneándose delante del espejo o intentando

- 
- 1 Bela Grunberger, *El narcisismo* [1971], Buenos Aires: Editorial Trieb, 1979, p. 18. Traducción de J. C. Guiarte. Jean Laplanche y J.-B. Pontalis señalan en su *Diccionario de psicoanálisis* [1967], Barcelona: Paidós, 1996 (traducción de Fernando Gimeno Cervantes), que los términos de narcisismo primario y secundario «tienen, en la literatura psicoanalítica, e incluso en la misma obra de Freud, acepciones muy diversas, lo que impide dar una definición unívoca más precisa que la que proponemos» (p. 230) y que «el concepto de narcisismo primario experimenta variaciones extremas de uno a otro autor»; algunos autores dudan incluso de su propia existencia (p. 231).
  - 2 Alberto Eiguer, *Le pervers narcissique et son complice*, París: Dunod, 2003.
  - 3 Marie-France Hirigoyen, *El acoso moral. El maltrato psicológico en la vida cotidiana* [1998], Barcelona: Paidós, 1999. Traducción de Enrique Folch González.
  - 4 Pascale Chapaux-Morelli y Pascal Courderc, *La Manipulation affective dans le couple. Faire face à un pervers narcissique*, París: Albin Michel, 2010.

atraer las miradas. Este uso, por cierto, es de todo punto comparable al de la palabra «fetichista», que por ejemplo puede servir para describir a los «fetichistas de los coches» o «de la moda». Esto no es necesariamente erróneo, pero no abarca más que una pequeña parte del fenómeno, su aspecto más visible.

Incluso en la llamada literatura «especializada» se presentan los más diversos usos de la palabra narcisismo. Si se observa con detenimiento, podemos constatar que no se trata, o no solamente, de interpretaciones divergentes u opuestas del mismo fenómeno, entre las cuales habría que elegir. Se trata más bien del empleo de la misma palabra para designar fenómenos diferentes.

Podemos distinguir, *grosso modo*, un uso «negativo» y un uso «positivo» del término cuando se trata del «narcisismo secundario»; en cuanto al «narcisismo primario» (del que enseguida nos ocuparemos), es su propia existencia la que está sujeta a discusión.

En Freud, el narcisismo indica claramente una *patología*. Freud utiliza en primer lugar esta palabra para caracterizar a un individuo «enamorado de sí mismo y de su cuerpo» en su escrito de 1910 sobre Leonardo da Vinci, que trata sobre todo sobre la génesis de la homosexualidad. El narcisismo aparece aquí como una «perversión» de la libido.<sup>5</sup> En sus textos posteriores, como *Tótem y tabú* (1912-1913), Freud menciona ocasionalmente el narcisismo, conectándolo con el «yo en cuanto objeto libidinal», pero también con el sentimiento de «omnipotencia» que aparece en la magia y el animismo. Así, el narcisismo estaría ligado a la creencia de

---

5 Hay que recordar que en Freud el término «perversión» no implica, al menos en principio, ningún juicio moral, sino que califica todo acto sexual que no tiene como fin inmediato «el orgasmo por penetración genital, con una persona del sexo opuesto» (Jean Laplanche y J.-B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, óp. cit., p. 272), lo cual equivale a identificar el acto no perverso esencialmente con la finalidad biológica de la sexualidad, es decir, con la procreación. En sentido estricto, pues, incluso un beso constituye un acto perverso.

APÉNDICE

ALGUNOS PUNTOS ESENCIALES  
DE LA CRÍTICA DEL VALOR

EL SISTEMA CAPITALISTA HA entrado en una crisis grave. Esta crisis no es solo cíclica, sino final: no en el sentido de un hundimiento inminente, sino como desmoronamiento de un sistema multisecular. No se trata de la profecía de un acontecimiento futuro, sino de la constatación de un proceso que se hizo visible a comienzos de los años setenta y cuyas raíces se remontan al origen mismo del capitalismo.

No asistimos a la transición a otro régimen de acumulación (como fue el caso del fordismo), ni al advenimiento de nuevas tecnologías (como fue el caso del automóvil), ni al desplazamiento del centro de gravedad hacia otras regiones del mundo, sino al agotamiento de la fuente misma del capitalismo: la transformación del trabajo vivo en valor.

Las categorías fundamentales del capitalismo, tal como Marx las analizó en su crítica de la economía política, son el trabajo abstracto y el valor, la mercancía y el dinero, que se resumen en el concepto de «fetichismo de la mercancía».

Una crítica moral, basada en la denuncia de la «avidez», dejaría de lado lo esencial.

No se trata de ser marxistas o posmarxistas, o de interpretar la obra de Marx o completarla con otras aportaciones teóricas. Más bien hay que admitir la diferencia entre el Marx «exotérico» y el Marx «esotérico», entre el núcleo conceptual y el desarrollo histórico, entre la esencia y el fenómeno. Marx no está «superado», como dicen los críticos burgueses. Incluso si solo se conserva sobre todo la crítica de la economía política, y dentro de esta en especial la teoría del valor y del trabajo abstracto, sigue constituyendo la contribución más importante para comprender el mundo en el que vivimos. Hacer un uso emancipador de la teoría de Marx no quiere decir «superarla» o mezclarla con otras teorías, o bien tratar de restablecer al «verdadero Marx», ni tampoco tomarlo siempre al pie de la letra, sino más bien pensar el mundo de hoy con los instrumentos que Marx puso a nuestra disposición. Hay que desarrollar sus intuiciones fundamentales, a veces contra la letra de sus textos.

Las categorías básicas del capitalismo no son ni neutras ni suprahistóricas. Sus consecuencias son desastrosas: la supremacía de lo abstracto sobre lo concreto (y, en consecuencia, su inversión), el fetichismo de la mercancía, la autonomización de los procesos sociales con respecto a la voluntad humana consciente, el hombre dominado por sus propias creaciones. El capitalismo es inseparable de la gran industria: valor y tecnología van juntos; son dos formas de determinismo y de fetichismo.

Estas categorías están además sujetas a una dinámica histórica que las hace aún más destructivas, pero que al mismo tiempo abre la posibilidad de su superación. En efecto, el valor se agota. Desde sus comienzos hace más de doscientos años, la lógica capitalista tiende a «serrar la rama sobre la que está sentada», porque la competencia empuja a cada capital particular a emplear tecnologías que sustituyen al trabajo vivo: esto comporta una ventaja inmediata para el capital particular en cuestión, pero disminuye otro tanto la producción de valor, de plusvalía y de beneficio a escala global, poniéndose así en dificultades la reproducción del

## BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor W., «El psicoanálisis revisado» [1946], en *Escritos sociológicos I*, Madrid: Akal, 2004, pp. 19-38. Traducción de Agustín González Ruiz.
- ADORNO, Theodor W., *Minima moralia: reflexiones desde la vida dañada* [1951], Madrid: Akal, 2004. Traducción de Joaquín Chamorro Mielke.
- BAIER, Lothar, *Pas le temps ! Traité sur l'accélération* [2000], Arles: Actes Sud, 2002.
- BAJTIN, Mijaíl, *Écrits sur le freudisme* [1928, con el nombre de V. Volochinov], Lausana: L'Âge d'homme, 1980. [Traducción parcial: *Más allá de lo social: un ensayo sobre la teoría freudiana*. Buenos Aires: Alma-gesto, 1998].
- BARBER, Benjamin, *Consumed: How markets corrupt children, infantilize adults, and swallow citizens whole*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 2007. Traducción francesa: *Comment le capitalisme nous infantilise*, París: Fayard, 2007.
- BATAILLE, Georges, «El hombre soberano de Sade», en *El erotismo* [1957], Barcelona: Tusquets, 1998. Traducción de Antoni Vicens.
- BATAILLE, Georges, «Sade y el hombre normal», ib.
- BAUDRILLARD, Jean, «Violencia desencarnada: el odio», en *Pantalla total* [1997], Barcelona: Anagrama, 2006, pp. 109-111. Traducción de Juan José Solar.
- BAUMAN, Zygmunt, *Tiempos líquidos*. Barcelona: Tusquets, 2007. Traducción de Carmen Corral Santos.
- BENJAMIN, Walter, «Experiencia y pobreza» [1933], en *Discursos interrumpidos I*, Madrid: Taurus, 1982. Traducción de Jesús Aguirre.
- BENJAMIN, Walter, «El narrador» [1936], en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid: Taurus, 1991. Traducción de Roberto Blatt.